

El Aula Magna «San Isidoro» del Rectorado de la Universidad de León se vistió con sus mejores galas para acoger la ceremonia de nombramiento de los cuatro nuevos Doctores Honoris Causa: Antonio Gamoneda, Eugenio de Nora, Antonio Pereira, y Ramón Carnicero. El rector, Julio César Santoyo, impuso el birrete laureado y el anillo a los galardonados, mientras que el decano de Filosofía y Letras, José Luis Chamosa, fue el encargado de entregar el libro de la ciencia y los guantes blancos.

Póker de ases literarios

Nuria González

Cuando el rector de la Universidad de León, Julio César Santoyo, dio la orden para que el presidente de la Comisión de Doctorado, César Chamorro, y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Chamosa, salieran a buscar a los cuatro candidatos y a sus padrinos, daba comienzo una ceremonia cargada de emoción y solemnidad. Acto seguido, entraban en el Aula Magna «San Isidoro» los cuatro escritores ataviados con el atuendo característico de este tipo de eventos. A partir de ese momento, todos escucharon los motivos por los que los autores leoneses son merecedores de tan prestigioso nombramiento. Unas intervenciones de los padrinos que contaron con la solemnidad de un acto tan importante como este y que sirvieron como prólogo de los discursos de los propios escritores leoneses, que pronunciarían posteriormente, después de recibir los atribuiros de Doctores Honoris Causas de la Universidad de León.

El rector, Julio César Santoyo, explicó que el hecho de recibir en su Claustro a otros cuatro Honoris Causa, «se paga una deuda de reconocimiento a toda una generación de escritores leoneses, póquer de ases de la literatura del siglo XX».

Dada su trayectoria, tanto en el mundo universitario como en el literario reconoció que no hay que extrañarse que el Departamento de Filología Hispánica propusiera estos nombramientos y que se «regocije con vosotros» este día de fiesta mayor y con el que se congratula toda el Campus leonés. «Cuatro vidas dedicadas al libro, al texto y a la palabra. Libros, textos y palabras que vosotros habéis moldeado en mil y un moldes de prosa y verso y que a todos nos sobrevivirán», añadió.

A esta ceremonia asistieron diversas autoridades civiles como el alcalde de León, Mario Amilivia, el presidente de la Diputación, José Antonio Díez, y miembros del Partido Socialista como su secretario general, José Luis Rodríguez Zapatero o los

concejales, Miguel Alejo, Inmaculada Larrauri y Olga Palacio.

Con la inclusión de estos cuatro doctores honoris causa, el cuadro de honor de la ULE suma más de una veintena de nombres. El que fuera ministro de Educación, José Ibáñez, inició esta lista en 1959 y a partir de entonces se han añadido otras figuras como Francisco Ayala (1982), Cristóbal Halffter (1984), Valentín García Yebra (1990) o Victoriano Crémer (1992): entre otros. El acto académico concluyó con un almuerzo homenaje a estos cuatro ilustres literatos que se celebró en el hostel de San Mareos.

Prudencia, fuerza y honradez

Una vez que los padrinos terminaron de leer sus discursos y poco antes de que comenzaran a hacer lo propio los galardonados, el rector de la Universidad de León hizo entrega de las distinciones que trae consigo este premio: el birrete laureado y el anillo que «servirá para sellar dictámenes y censuras inherentes a este cargo».

Después fue el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Chamosa, el encargado de completar esta «dote» con el libro de la ciencia, donde están plasmadas todas las sabidurías, y los guantes blancos, que simbolizan «la prudencia, la honradez y la fuerza en el ejercicio de su magisterio». Los cuatro autores leoneses estuvieron arropados en todo momento por sus padrinos: el crítico literario, José Enrique Martínez, los catedráticos Carlos González Boixo, Salvador Gutiérrez o José María Balcells apadrinaron a Ramón Carnicer, Antonio Pereira, Antonio Gamoneda y Eugenio de Nora.

Antonio Pereira

«Recibo este honor con humildad y cariño»

Este escritor villafranquino reconoció estar muy contento, aunque un poco nervioso poco antes de recibir el galardón que le acredita como nuevo Doctor Honoris Causa, porque dijo, «no estar acostumbrado a estas cosas». No dejó al lado su buen humor, y ataviado con la indumentaria de gala que corresponde a esta ceremonia académica afirmó que «me miré al espejo y sentí la emoción de la dignidad, el respeto y el cariño de la Universidad», centro principal y madre del saber, añadió. En su discurso quiso dar las gracias a «esta Docta casa que es la Universidad, académica máxima del saber, por la generosa unanimidad con que me ha llamado a su corporación de doctores». Además, añadió, que «los símbolos que hoy se me entregan los recibo como joyas que dejarán mi tiempo venidero, y sobre

todo, como testigos de compromiso de servicios con una institución que tanto enriquece a nuestra sociedad». Hizo un recorrido por su vida y recordó que tras nacer en «la dignidad de la modestia, en una villa ilustre», (Villafranca del Bierzo), creció entre «dos ríos de buen sonar». Su carrera como poeta la empezó muy pronto, «en mi pueblo donde el tiempo de la pubertad fluía lento y el paisaje se convertía en un estado de ánimo». Sus primeras palabras literarias que salieron fuera de aquella intimidad, «digamos que por imperativo de las leyes de la Instrucción Pública, sucedieron en León, es esta ciudad que luego iba a ser tan mía, la del nombre de carbón redondo y puro». Este galardón coincide con otro que se le concedió no hace mucho tiempo: el premio Castilla y León de las Letras. A su lado caminan otros autores, también leoneses y premiados, como Victoriano Crémer, ya un poeta firme, Eugenio de Nora, necesitado de espacios más amplios y Antonio Gamoneda, en sus inicios poéticos.

Eugenio de Nora

«Este reconocimiento es casi excepcional»

El escritor cepedano, Eugenio de Nora, reiteró su agradecimiento a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de León, lugar desde donde partió la idea de nombrarle como Doctor Honoris Causa de esta institución académica. «Como leonés es casi excepcional que en la tierra de uno mismo le reconozcan algo de su trabajo, puesto que o no es merecedor de algo así, o en el caso de que lo sea, eso ocurre pasados doscientos años». A pesar de que ahora está jubilado, son muchos los años que ha ejercido como profesor en la Universidad y afirmó que esos momentos suponen «la reconquista de la unión entre creatividad propia de un poeta y la transmisión de la docencia».

Su discurso se centró en la «auténtica creación poética, que no tiene que ser improvisada ni caprichosa, tiene que estar sometida a un trabajo, a una disciplina, a una dedicación intensa», y reiteró que la disciplina literaria y la creación poética son absolutamente paralelas a otras actividades de las facultades del Campus.

Definió a esta generación poética, en la que los cuatro autores están inmersos, como situada entre dos polos: innovación con la poesía de la experiencia y la de la diferencia y la creación, empujada hacia el silencio y el misticismo.

Afirmó que la auténtica poesía tiene que contar con elementos como la experiencia, lo racional y lo científico, la creatividad y el misterio. Entre las claves de su éxito apuntó que hay que ser tenaces, obstinados en el trabajo, no pararse en los aspectos superficiales sino «ir hasta el fondo de las cosas».

El reconocimiento a Eugenio de Nora es una acción de verdadera justicia académica, ya que se incorpora a la Universidad leonesa, uno de los más interesantes poetas, profesores y científicos leoneses de la historia reciente. Fue en los años de Espadaña cuando se fue forjando la obra poética de Eugenio de Nora, que ya constaba en los cuarenta, de cuatro poemarios. Desde entonces su carrera universitaria, docente e investigadora, ha sido brillante y se extiende por toda Europa. Dejó de ser catedrático en activo en 1989 y en eses mismo año fue nombrado profesor emérito de la Universidad de Berna. Tanto la investigación como la crítica le confirman como una de las figuras más notables de la filología española del siglo XX.

Carnicer: premio a un estilo serio e impecable

Otro de los galardonados no pudo asistir a la ceremonia. Fue Ramón Carnicer que por motivos de salud prefirió delegar en su esposa, Doireann MacDermott, que fue la encargada de recibir tan prestigioso galardón. En nombre del escritor, leyó su discurso de investidura, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Chamosa, que hizo un recorrido por la vida del escritor leonés, gran amigo de Antonio Pereira.

Su padrino, José Enrique Martínez, colaborador de Diario de León, reconoció muchas de las virtudes de este autor, que nació en Villafranca del Bierzo en 1912. En 1932 obtuvo plaza por oposición en el Cuerpo Técnico de Correos y se licenció en Filología Románica en 1939. A partir de ahí comenzó su colaboración con la Universidad.

Pero además de su extensa carrera como docente, con este premio se ha querido reconocer su valía como escritor. La labor literaria de Ramón Carnicer se fraguó en la importante revista «Laye», de Barcelona. Carnicer es autor de cuentos y novelas, biografías, ensayos, investigaciones lingüísticas y libros de viaje. Es un escritor que toma su tarea con absoluta seriedad, sin ceder un milímetro a la frivolidad o a la retórica vacía. Interesado por todas las cosas que atañen al hombre, a la vida, al entorno y a la historia bucea en las con curiosidad.

Antonio Gamoneda

«Pensaba que esto era algo para los jóvenes»

«Estoy muy agradecido porque en mi tierra se tenga en consideración mi trabajo». Con estas palabras quiso dar las gracias a todos los que propusieron su nombre para honoris causa. En cuanto a la referencia a generaciones afirmó que no cree en su existencia, por lo que prefiere mantenerse al margen. Antonio Gamoneda

nació en Oviedo aunque ha vivido ininterrumpidamente en León sesenta y cinco años. Gamoneda centró su discurso de investidura en el amor que siente hacia León. «Aquí he atravesado la pobreza y largos años de trabajo alienante: aquí finalmente incluidas en una sola verdad, acrecentaron mi existencia la compañera de mi vida y mis tres hijas; en León llegaron a mis días mis mejores amigos», «añadió».

Hizo referencia a la importante labor que ejerce la Universidad y pidió «en particular para los días que me resten con capacidad creadora, que quiera ser por fin para mí un espacio de serenidad».

Antonio Gamoneda es fiel intérprete de la dura circunstancia que le ha tocado vivir, tal y como explicó su padrino, Salvador Gutiérrez. Ha construido un mundo poético personal que ha transformado una sustancia vital adversa, a través de un existencialismo profundo y de un escepticismo esencial, en poesía de elevados quilates.

El propio autor resaltó que está convencido de que la poesía «no es otra cosa que el relato de cómo se va hacia la muerte». Ese relato, con deliberación o no pero sin falta tiene como causa y finalidad «la creación de conocimiento y de una particular forma de intensificar la vida».

Esta distinción ha sido otorgada a Antonio Gamoneda porque, en él concurren los rasgos esenciales del ideal universitario: el progreso del conocimiento, la creación guiada sólo por el criterio de excelencia y trabajo silencioso.

